

lleno de ira y de despecho, alzó la voz, y dijo: "Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender, con armas iguales, que va muy lejos de la verdad; porque, la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.—¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.—¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere! que, al buen pagador, no le duelen prendas." Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo: "Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda, vos, señor, sois el verdadero *Don Quijote de la Mancha*, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego;" y, poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó Don Quijote; y, sin responder palabra, comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo: "En esto poco que he visto, he hallado tres cosas, en este autor, dignas de reprension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama *Mari Gutierrez*, y no se llama tal, sino *Teresa Panza*; y, quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia." Á esto, dijo Sancho: "¡Donosa cosa de historiador, por cierto! ¡bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, *Mari Gutierrez*! torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.—Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo Don Jerónimo, sin duda debeis de ser *Sancho Panza*, el escudero del señor Don Quijote.—Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello.—¿Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra! pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del *Sancho* que en la *Primera Parte* de la historia de vuestro amo se describe.—Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí; porque, quien las sabe, las tañe, y bien se está San Pedro en Roma." Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia, á cenar con ellos, que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos; quedóse Sancho con la olla, con mero misto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que, no menos que Sancho, estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena, preguntó Don Juan á Don Quijote, qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso; si se había casado, si estaba parida ó preñada, ó si, estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote. Á lo que él respondió: "Dulcinea se está entera; y, mis pensamientos, mas firmes que nunca: las correspondencias, en su sequedad antigua; su hermosura, en la de una soez labradora trasformada;" y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sábio Merlin le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y, dejando hecho equis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y, en entrando, dijo: "¡Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos! yo querría que, ya que me llama comilon, como vuestas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho.—Sí llama, dijo Don Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.—Créanme vuestas mercedes, dijo Sancho, que el *Sancho* y el *Don Quijote* desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso, y no comedor ni borracho.—Yo, así lo creo, dijo Don Juan; y, si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles.—Retráteme el que quisiere, dijo Don Quijote, pero no me maltrate; que, muchas veces, suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.—Ninguna, dijo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, á mi parecer, es fuerte y grande." En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y, aunque Don Juan quisiera que Don Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído; pues, de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntáronle, que adónde llevaba determinado su viaje. Respondió, que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Dijole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, cómo Don Quijote, sea quien se quisiere, se



habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrisima de libreas, aunque rica de simplicidades. "Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así, sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el *Don Quijote* que él dice.—Hará muy bien, dijo Don Jerónimo; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote; y vuestas mercedes me dén licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.—Y á mí tambien, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo." Con esto, se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos *Don Quijote* y *Sancho*, y no los que describia su autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y, dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

## CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: ¡tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba! Sucedió, pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias, amo y mozo; y, acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos; antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos; ya, ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea; ya, que le sonaban en los oidos las palabras del sábio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues, á lo que creia, solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: "Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: *tanto monta cortar como desatar*, y no por eso dejó